

A toro pasado

Javier Pérez Royo

Catedrático de Dret Constitucional

50

Una de las cosas más llamativas que ha ocurrido en España desde que, con la entrada en vigor de la Constitución, se inició la construcción del Estado autonómico, es que se ha producido una muy fuerte descentralización en lo que al ejercicio del poder político se refiere y, en consecuencia, también en la delimitación del ámbito territorial en el que los ciudadanos ejercemos los derechos y en el que se prestan los servicios públicos, y sin embargo, sigue estando fuertemente centralizado el proceso de formación institucionalizada de la opinión pública.

Esta contradicción conduce a una percepción desviada de la realidad de todas las comunidades autónomas en las que uno no vive. La información que recibimos de las demás comunidades autónomas se asemeja a la que recibimos de los países

subdesarrollados. Sólo cuentan como fuente de *sucesos*, por decirlo de una manera simplificada, pero que creo que se entiende. No hay, en consecuencia, manera de enterarse de lo que ocurre en ellas. Quien no vive en la comunidad autónoma que sea y sabe lo que en ella ocurre, la forma en que se puede ejercer el derecho a la educación o la manera en que se gestiona la sanidad o los servicios sociales o las políticas activas de empleo... no tiene manera de enterarse de una manera accesible, sin necesidad de tener que hacer una investigación propia.

Viene a cuento esta introducción de la experiencia del tripartito en Cataluña en esta pasada legislatura. La información que hemos recibido de la acción de gobierno del tripartito ha sido prácticamente nula. En los medios de comunicación estatales

el tripartito parecería que no ha hecho otra cosa que meter la pata. La acción de gobierno no habría consistido más que en una sucesión de *patinazos* sin que se hubiera hecho nada positivo. Hay que añadir que CiU ha contribuido de manera decisiva a extender esta imagen. Durante toda la legislatura y de manera muy especial en el momento en que se han convocado las elecciones. Ahí está como prueba su DVD de campaña, que ha caricaturizado la imagen del tripartito más todavía de lo que lo hayan hecho los medios de comunicación no catalanes.

Pero, sea como sea, el resultado es que ahora mismo, excepto para la persona que se dedique a investigar lo que ha sido la acción de gobierno del tripartito, no hay manera de tener una imagen razonablemente solvente de la misma. Lo que perma-

nece en la memoria para cualquier ciudadano que no viva en Cataluña es el viaje de Carod Rovira a Perpignan para entrevistarse con la dirección de ETA, la foto de «la corona de espinas», las «extorsiones» de Vendrell a los funcionarios públicos, las diversas *maragalladas* y prácticamente nada más. La distorsión de la imagen de Cataluña gobernada por el tripartito ha llegado a grados extremos. Y bastante antes de que se iniciara formalmente el proceso de reforma del Estatuto de Autonomía. Después de iniciado y, sobre todo, después de la aprobación de la proposición de ley de reforma por el Parlament en septiembre de 2005, la campaña de descrédito ha sido escandalosa.

De ahí la incompreensión de buena parte de los analistas políticos no catalanes de lo que ha ocurrido en las elecciones celebradas el pasado 1 de noviembre. ¿Cómo es posible que se pueda intentar reeditar una fórmula que nosotros ya hemos declarado que es un desastre? ¿Es que Cataluña está enferma, poseída por una clase política insolvente, pero frente a la cual los ciudadanos están inermes?

En esas estamos. Y lo peor es que el mensaje ha calado. No

La distorsión de la imagen de Cataluña gobernada por el tripartito ha llegado a grados extremos. Y bastante antes de que se iniciara formalmente el proceso de reforma del Estatuto de Autonomía. Después de iniciado y, sobre todo, después de la aprobación de la proposición de ley de reforma por el Parlament en septiembre de 2005, la campaña de descrédito ha sido escandalosa.

entiendo cómo puede haber existido la más mínima duda en la dirección del PSOE nacional en lo que la reedición del tripartito se refiere, pero haberla la ha habido. De manera expresa se reconoce, porque no se puede hacer otra cosa, que el PSC tiene autonomía para fijar su propia estrategia en Cataluña, pero por debajo se emite el mensaje de que se hubiese preferido la no reedición.

Y sin embargo, el juicio que han emitido los ciudadanos catalanes que han acudido a votar el 1 de noviembre, no ha podido

ser más claro. El tripartito ha aprobado el examen al que ha sido sometido en unas condiciones extraordinariamente difíciles y con una *trinca* feroz. No lo ha aprobado con brillantez, pero sí lo ha aprobado de manera inequívoca. Más de la mitad de los ciudadanos (50,41 %) han votado por los partidos que han gobernado en la pasada legislatura en Cataluña. Y si es verdad que el tripartito ha contado con un 4,47% de apoyo menos del que tuvo en 2003 y que su ventaja respecto de CiU ha descendido del 23,94% al 18,89%, no

lo es menos que la ventaja sigue siendo enorme. Los 556.664 ciudadanos de más que han votado a los partidos del tripartito frente a los que han votado a CiU (928.212) representan nada menos que el 59,97% de todos los votos obtenidos por esta última. Desde el punto de vista de la legitimidad democrática puede decirse, pues, que la victoria del tripartito ha sido una victoria holgada. Nadie que acepte las reglas de juego de la democracia parlamentaria puede discutir las.

Esta conclusión se ve reforzada si de los números pasamos a la lógica política que presidió la campaña electoral, a partir de la cual se tiene que explicar el resultado electoral. Porque la campaña fue una prolongación de la campaña que contra el tripartito se puso en marcha casi inmediatamente después de su constitución. «Conjunto de males sin mezcla de bien alguno» era la definición que se daba del infierno en el *Ripalda* que estudié en mi infancia y es la que se ha pues-

to en circulación para describir el tripartito durante la campaña electoral. Su ejemplificación por el DVD de CiU al que ya antes he hecho referencia salta a la vista. Lo que los ciudadanos tenían que decidir con su voto es si quedaba deslegitimado el tripartito o si, por el contrario, era posible su reedición. En estos términos quiso que se planteara la consulta CiU, de una manera muy oportunista y contando con una ayuda *exterior* más que notable, y en estos términos tiene que ser interpretada la decisión ciudadana.

Y la interpretación se impone por sí misma. CiU ha conseguido con su agresiva campaña desgastar a los dos partidos mayoritarios del tripartito (PSC-PSOE y ERC), pero no ha conseguido que los ciudadanos delegitaran su acción de gobierno de los tres últimos años. Los ciudadanos no han comprado la definición que del tripartito les proponía CiU. El PP no cuenta porque él mismo se había situado con su conducta en el proceso de reforma estatutaria en la posición estéril de fuera de juego. En el juicio del conjunto del cuerpo electoral han tenido más peso los aciertos del tripartito que los «graves errores de actitud» (por utilizar

La interpretación del resultado electoral se impone por sí misma. CiU ha conseguido con su agresiva campaña desgastar a los dos partidos mayoritarios del tripartito (PSC-PSOE y ERC), pero no ha conseguido que los ciudadanos delegitaran su acción de gobierno de los tres últimos años. Los ciudadanos no han comprado la definición que del tripartito les proponía CiU.

Lo que resulta más gratificante del resultado electoral es constatar la resistencia de los electores al lavado de cerebro al que han sido sometidos desde que se constituyó el tripartito. Es verdad que ha habido desgaste, desilusión, desinterés, una abstención más que considerable. Pero ha habido también resistencia cívica, autoafirmación frente a la imagen distorsionada que se ha pretendido imponer de un proyecto político de izquierda para Cataluña.

la expresión de Juan José López Burniol (*El Periódico*, 2 de noviembre), en que han incurrido algunos de sus dirigentes. Esto es lo que hacía que la reedición del tripartito no es que fuese posible, sino más que probable. Y es, sobre todo, la que considero democráticamente más deseable, ya que es la que mejor se ajusta a lo que se ha discutido y votado en la campaña electoral.

Aritmética y políticamente había otras opciones, de cuya

legitimidad no se puede dudar, pero que, en todo caso, no eran tan legítimas como la repetición del tripartito. La opción CiU-ERC porque no habría guardado relación alguna con los mensajes que se habían transmitido a los ciudadanos durante la campaña y con base en los cuales éstos han tomado su decisión. Y la opción CiU-PSC-PSOE por lo mismo, además de porque habría planteado problemas estructurales al sistema político

catalán de una envergadura extraordinaria.

En todo caso, lo que resulta más gratificante del resultado electoral del pasado 1 de noviembre es constatar la resistencia de los electores al lavado de cerebro al que han sido sometidos desde que se constituyó el tripartito. El cuerpo electoral catalán ha conseguido que los árboles no le impidieran ver el bosque y no se han dejado engañar por una propaganda brutal tanto en el fondo como en la forma. Es verdad que ha habido desgaste, desilusión, desinterés, una abstención más que considerable. Pero ha habido también resistencia cívica, autoafirmación frente a la imagen distorsionada que se ha pretendido imponer de un proyecto político de izquierda para Cataluña. Votar a los partidos del tripartito no era fácil en esta ocasión. Digan lo que digan de nosotros, aquí estamos. Esa ha sido la respuesta electoral. En esa actitud es en la que descansa cualquier democracia digna de tal nombre. Es la reivindicación de la titularidad de la soberanía, frente a quienes quieren domesticarla. Lo ocurrido el uno de noviembre ha sido una lección de democracia.

